

oró : despues hizo tres veces la señal de la cruz en nombre de Jesucristo sobre el navío. En seguida hizo venir al piloto, quién sin esfuerzo alguno, lanzó la nave al agua.

Hemos visto que san Teodosio obtuvo del cielo, por medio de sus oraciones, una fuente de agua que desde lo alto de la roca descendia al monasterio. Juan Mosch dice, que dos años ántes de que él lo habitase, pidieron los religiosos al superior que consintiese la construcción de un baño, esperando que sus aguas tendrían eficacia para curar las enfermedades. Los baños constituyen una costumbre, casi una necesidad en Oriente, pero los religiosos se abstienen de ellos por mortificación ; así es que, aún cuando el abad consintió por mera condescendencia, Dios manifestó con un milagro evidente que no le eran agradables : pues apénas empezaron á usarse los baños, se secó el manantial. Esta maravilla hizo que reflexionasen los religiosos en la causa que la producía : que orasen y ayunasen, pero todo inútilmente : la fuente no volvió á brotar, hasta que mandó el abad que se quitasen los baños.

Refiere el citado autor que, hacia el mismo tiempo, se propuso una piadosa señora de Apamea cavar un pozo ; pero á pesar de muchos trabajos y gastos no pudo encontrarse agua. Una noche se le presentó en sueños un personaje, el cual le dijo que pidiese en el monasterio de la Roca la imágen de san Teodosio, y la bajase al pozo, con lo cual Dios atendería á sus súplicas. Hizolo así, y al momento se llenó el pozo de agua.

Además de los religiosos del monasterio de san Teodosio, había anacoretas en estas comarcas, y referían los ancianos á Juan Mosch, que hacía poco tiempo que había muerto un ermitaño de gran santidad, que había envejecido en la vida solitaria. Vivía en una caverna del bosque inmediato, sin que se supiese con precisión el sitio. Algunas veces venía á verles ; pero habiendo muerto sin que lo su-

pieran, creyeron que habría pasado á otro desierto. Algún tiempo despues apareció en sueños al abad Juliano y le dijo : « Tomad algunos religiosos, é id á retirar mi cuerpo que se halla en la montaña del Ciervo. Tan luego como despertó el abad, se trantadó á ella con algunos religiosos ; pero estaba tan oculta la caverna por las nieves y las malezas, que durante muchas horas la buscaron inútilmente. Lo cual visto por el abad, dijo á sus religiosos : Volvamos, hermanos míos, al monasterio ; más al descender de la montaña, vieron una cabra silvestre que, á poca distancia de ellos, cavaba la tierra. El abad Juliano no dudó entónces que el cuerpo del anacoreta estaba en aquel lugar, y lo dijo á los otros. Cavaron un poco, encontraron el cadáver todavía entero, y lo trasladaron al monasterio, en donde le dieron honrosa sepultura.

Había también en este desierto otro anacoreta, que todos los domingos iba á la iglesia del monasterio para asistir á los divinos oficios. Sucedió un dia, que se le dió un motivo de tristeza, y estuvo cinco semanas sin parecer. Se afligieron los religiosos al notar su ausencia, y cuando, pasado algún tiempo, volvió, se postraron á sus pies, pidiéndole perdón, y dando muestras de gozo por su vuelta. Otro tanto hizo él, y participó con ellos de los divinos misterios. Pero despues de recibir la sagrada Eucaristía, se puso en medio de la iglesia, y allí entregó su alma á Dios sin haber dado señales de mal alguno. Con lo cual comprendieron los ancianos del monasterio, que había previsto la hora de su muerte, y que había vuelto á la iglesia para no comparecer ante el tribunal de Dios sin haberse reconciliado con los religiosos, que le habían causado alguna pena.

Dice también Juan Mosch, hablando de los anacoretas de este desierto, que, habiendo ido, á dos leguas de Rosa, á una aldea situada al pié de la montaña, fué recibido por dos ancianos legos, y alojado en la iglesia edificada en un

terreno que le pertenecía. Mostráronle una piedra sepulcral de mármol, y le dijeron que bajo aquella piedra estaba sepultado el cuerpo de un santo anacoreta. Preguntóles Juan Mosch, como lo habian sabido, y le dijeron : « Hay cerca de siete años que sobre la cumbre de la montaña vimos encenderse fuego. Esto se repitió durante algunas noches, y un dia nos acercamos á ver de donde procedia semejante fenómeno ; pero no vimos cenizas ni cosa alguna que indicase su origen. »

A la noche siguiente y durante tres meses seguidos, volvió á aperecer la llama. Por último, nos determinamos á ir á la hora en que se presentaba el fuego, acompañados de algunos hombres bién armados que nos defendiesen de las fieras. La claridad de la luz sirvió para que viésemos el camino, y allí permanecimos hasta el dia. Entónces vimos una pequeña caverna, y entrando en ella, encontramos á un anacoreta muerto. Estaba vestido con un cilicio y un pequeño manto : tenia en sus manos un Crucifijo de plata, y en un papel que habia á su lado leimos estas palabras : « Yo el humilde Juan, he muerto en la indicción decima quinta. » Formando, pues, el cálculo, dedujimos que habia siete años que habia muerto. Sin embargo, estaba su cuerpo tan fresco y entero, cual si acabase de espirar. Lo trasladamos, y le dimos sepultura en la iglesia.

Refiere también el mismo autor, que habia en el monte Pterigio, no léjos del monasterio de san Teodosio, dos solitarios : el uno de ellos de edad muy avanzada. y el otro, muy jóven, se hallaba bajo su dirección. Habiendo muerto el anciano, cavó su discípulo una sepultura, y lo enterró en ella. Algunos dias despues bajó de la montaña, y rogó á un campesino, que llevase sus instrumentos y cavase una fosa en el lugar que le indicó. Cuando lo hubo hecho, descubrióse el cuerpo del anciano, y echándose sobre el jóven anacoreta, oró un rato, y quedó muerto. Habíase retirado

muy poco el campesino, y recordó que no le habia pedido la bendición. Volvió con este objeto ; pero le encontró yerto cadáver.

Por último, dice este historiador, que le refirió el anciano Pedro, que, habiendo ido al monte Amano, entró en una caverna, y encontró en ella á un anacoreta de rodillas, con las manos levantadas hacia el cielo, y con unos cabellos tan largos, que llegaban á la tierra, Creyendo que estaba vivo, se postró ante él, y le dijo : « Padre mio, rogad por mí. » Viendo que no le respondia, se acercó para darle el ósculo de paz, y reconoció que estaba muerto. Supo despues por un anacoreta que vivia en una caverna inmediata, que aquel á quién habia visto hacia quince años que habia muerto, y que la Providencia habia conservado en aquella posición su cuerpo.

Hemos añadido estos hechos á la historia de san Teodosio y sus discípulos, para demostrar que, tanto en su monasterio, como en los desiertos vecinos, habia excelentes religiosos á fines del siglo VI, ó sea en tiempo de Juan Mosch, no obstante las turbulencias y desgracias que afligian aquellas provincias, tanto por las incursiones de los bárbaros, como por las facciones de los herejes, y para poner de manifiesto con el ejemplo de estos anacoretas que se encontraban muertos en sus cavenas, que no todos los santos son hoy conocidos ; sino que hay muchos que sólomente lo son de Dios y de los espíritus bienaventurados, cuya santidad aparecerá con todos sus esplendores en el dia solemne en que Dios vendrá á hacer justicia, condenando públicamente á los pecadores, y colmando de gloria á los santos, de quienes el mundo no hace caso, y á quienes con frecuencia ha despreciado y perseguido.

Bulteau, en su Historia monástica, despues de hablar de Teodosio y de sus sucesores, hace mención de san Telémaco, ó Almaco, que no es conocido más que por un rasgo

de su celo, que le procuró una muerte gloriosa, y le ha colocado en el número de los mártires, y cuyo recuerdo debemos á Teodoreto. » Haciendo Telémaco, según la expresión de este escritor, profesión de la vida monástica en Oriente, lo que puede significar que vivía en la Siria, ó en la diócesis de Antioquía, que se llamaba por antonomasia *diócesis de Oriente*, vino á Roma con objeto de alcanzar que cesasen los combates de gladiadores, que eran una reminiscencia de las supersticiosas crueldades de los paganos, que en vano habian intentado abolir los emperadores cristianos. Habiendo llegado á la capital del mundo, se dirigió al anfiteatro un dia, en que se daba al pueblo el sangriento espectáculo. Era dia de las calendas de enero, en que la Iglesia celebraba la octava del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, y exclamó ante todo el pueblo : « Hoy es la octava del Señor : dejad estas supersticiones : separaos de los sacrificios impuros que se ofrecen á los idolos. » No se contentó su celo con esta exhortación, sino que, deseoso de que cesase un espectáculo tan injurioso á Dios como nocivo á la humanidad, salió á la arena, apostrofó á los gladiadores, y quiso separarlos para que no se matasen. Pero el pueblo que se complacia en estos crueles combates, y que se hallaba empujado por el demonio, que no se complace ménos en la efusión de la sangre humana, el pueblo, digo, indignado de que un hombre desconocido, y que carecía de prestigio para imponerse, osase turbar sus diversiones, se llenó de furor, le apedreó, y los gladiadores acabaron por matarle. Alipio, prefecto de la ciudad, se hallaba presente, y con la autoridad que ejercia, debiera haber apaciguado el tumulto, y librar á Telémaco de las manos de estos furiosos ; pero era pagano, y le costó poco trabajo dejar que le inmolasen.

La muerte de este santo solitario tuvo el éxito que no pudieron alcanzar sus exhortaciones : pues el emperador

tomó de ella motivo para abolir enteramente en Roma estos espectáculos tan crueles como impios, y Telémaco fué colocado en el número de los mártires. El cardenal Baronio es de opinión que este hecho acaeció en tiempo del emperador Teodosio, padre de Honorio ; porque precisamente entónces era Alipio prefecto de Roma, como lo prueba por medio de las inscripciones, y lo confirma con el hecho de que, una vez nombrado el citado Alipio por el mismo emperador prefecto de Egipto, fué convertido á la fé por san Juan de Egipto, cuya vida hemos trazado en el libro primero de esta historia, en donde dijimos, fundándonos en el relato de Paladio que se hallaba presente, que tuvo una larga conferencia con el Santo.

Sin embargo, el testimonio de Teodoreto, que asegura que esta tragedia pasó en tiempo de Honorio, ha arrasrado á los criticos contra la opinión de Baronio. Creemos inútil insistir en una cuestion que no tiene grande importancia.

Algunos escritores han dudado, si se debia distinguir á san Telémaco de san Almaco ; pero esta duda no tiene solido fundamento. El nombre de Telémaco significa *fin del combate*, y podria hacer creer que se le dió este nombre para dar á entender que su muerte puso fin al combate de los gladiadores, y que pudo tener otro que ignoramos. Pero puesto que Teodoreto no le nombra de otro modo, preciso es creer, que por feliz coincidencia, se adaptó su nombre á los efectos producidos por su martirio.

Su fiesta está asignada en el Martirologio en el dia primero de enero.